



PRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, UN DED. 6 PLS.; PROVINCIAS, TRIMESTRE, 1 DED. 12 PLS.; EXTRANJERO, 2 DED. 24 PLS. POR CORTESIA. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO.— OFICINAS DEL PERIÓDICO: Calle, 1, principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios y comunicados.

NUESTROS GRABADOS.

CENTINELA MARROQUÍ Y LA PUERTA DEL HAREM
(Cuadro de Enrique Regnault).

Todos los artistas de Madrid conservan un grato recuerdo del insigne y desventurado pintor francés Enrique Regnault, víctima de la guerra franco-prusiana, y autor del cuadro que hoy reproducimos en nuestro periódico.

Regnault poseía todas las condiciones de un gran artista: entusiasmo hacia el arte; clara inteligencia, dominio absoluto del dibujo y del colorido e inspiración noble y fecunda. Su pincel engrandeció todo lo que tocaba y nadie ha poseído en más alto grado que el joven pintor el arte de hacer interesantes los asuntos más triviales, y de embellecer las más vulgares escenas de la vida. Entre las obras de este pintor ilustre merecen citarse el *Retrato del general Prim*, *Salomé la bailarína* y *Judith y Holofernes*.

LA CRUZ DE MAYO.

Madrid es el pueblo más aficionado á las costumbres rancias. Acepta las nuevas, pero sin dejar por eso las antiguas.

Si yo fuese dibujante haría la caricatura de Madrid, representada por un caballero con gaban ruso, pantalón de campana y sombrero de medio queso.

El pueblo de Madrid perdería su carácter propio dejando de comer lomo en la noche de Todos los Santos, pavo en Navidad, panecillos del Santo por San Anton, y rosquillas de la tia Javiera el día 12 del corriente mes.

Ese mismo pueblo que, adoptando las nuevas costumbres, da pingües ganancias á la empresa del tranvía, trasladándose en él de uno al otro extremo de la capital, prefiere pasar ir á los toros ó á la tertania ó la berlina que le ofrece mayor comodidad, y no por que está le cuesta algo más cara, sino porque aquellos vehículos tienen un aspecto más parecido al de la catedral. Si quedara alguna de estas, ni una sola dejaría de alzarse para acudir á aquella diversion popular.

Hoy, 3 de Mayo, me dispongo á salir á la calle, y recuerdo felilmente la fecha que reza el almanaque. Despreciado de mí si no llevase en el bolsillo alguna calderilla con que entranse las molestias de una sencilla costumbre aun practicada por este pueblo amante de las tradiciones.

Apenas piso el portal de mi casa, los hijos del portero, de los cuales uno no es hijo, sino hijo, salen á mi encuentro pidiéndome con la mayor candidez *dos cuartitos para la Cruz de Mayo*.

Salgo á la calle y me rodés una terna de chiquillos, cada uno con un plato ó una bandejita en la mano, haciendo la misma peticion que los vástagos de mi portero. Ya puedo contar seguro desde aquel instante que no ha de pasar uno solo sin que me vea asacado por algún muchacho que me pida dinero descaradamente.

Para practicar esta *piadosa* costumbre, los padres visten á sus hijos con los trapitos de cristianar, y están los chiquillos tan emperipilados y compuestos, molestando á todo transeunte por obra y gracia de la tradicion.

En otro tiempo, no hace muchos años, se juntaban los chicos de los vecinos de una casa, y entre todos adornaban el portal con vistosos papeles ó manera de colgaduras; armaban un altar colocando sobre él una imagen de la Virgen y una cruz encañada entre flores; y mientras unos cuidaban las improvisadas capilla, otros pedían para la Cruz de Mayo en la misma forma que hoy lo hacen.

De aquella religiosa costumbre queda solo la segunda parte: pedir

dinero. ¡No en balde corre el año de gracia 1875! Hemos adelantado mucho. Solamente en los barrios extremos suele verse todavía algun altar como los de otros tiempos; pero no ya cuidado por niños, sino por mozas casaderas, que salen solitas á la calle y paran al que pasa y le piden para la Cruz de Mayo, dirigiéndole la mirada más tierna posible, con objeto de ablandar el corazón del transeunte más empedernido. Y ese íque va á hacer! ¡Cómo no dar dos cuartitos siquiera á una linda muchacha que los pide con tan sauto objeto y sonriendo de un modo tan cariñoso!

Recordando yo, amigo lector, la fecha de este día, y desecho de evitarme el disgusto de que no halles en tu bolsillo dinero suelto para librarte de las importunantes peticiones con que te molestarán hoy por esas calles, he escrito las anteriores líneas á manera de aviso. No tienen otro objeto; por eso debes agradecerme las.

Dicen que todos en el mundo hemos de sufrir

una cruz. Además de esta, los vecinos de Madrid tenemos la Cruz de Mayo.

EXPEDICION DESGRACIADA.

La casualidad ha hecho que llegue hasta nosotros una de esas noticias que producen hondo y doble sentimiento, porque no se trata solamente de la pérdida de un ser viviente; se trata tambien de la de un hombre científico, que anhelando descubrir algo nuevo en cualquiera de los tres reinos, animal, vegetal ó inorgánico, va en pos de penalidades y privaciones, y hasta de la muerte. Nos referimos al sabio é infatigable naturalista norteamericano, que todavía no hace un año se cuadraba hasta el lugar más recóndito de ciertos y determinados puntos de la América del Sur, donde ninguna mortal había osado pensar.

Breve fué su exploracion; pero era tanto el entusiasmo que por el estudio que acababa de em-

prender tenía; que al sorprenderle la muerte poseía ya una triple coleccion, coleccion que, al decir del que le sirvió de guía, era notabilísima por el número de ejemplares, siendo de presumir lo fuera tambien por su mérito.

Estas verdaderas joyas desaparecieron asimismo á la vista de todo ser humano. Pero, ¿cuál fué la causa ó causas que pudieron motivar la pérdida del hombre y de los objetos Vemos.

El sabio americano, cuyo nombre es aun ignorado, desembarcó en el mes de Noviembre último, en un punto del litoral Sud de la Patagonia, acompañado únicamente de un indigena; su equipaje le componian una pequeña maleta y un cajón de regulares dimensiones, que servia de receptáculo á algunos instrumentos científicos. En el instante mismo del desembarque pudo descubrir en la lontananza una montaña, montaña que no tardó en ser el objetivo de sus investigaciones. En efecto, dirigióse hácia ella, y al cabo de algunas horas encontróse en ella. Desecho de empezar sus trabajos se decidió á ascender, sin embargo de que era ya llegada la noche. Al principio, la subida no pudo ser más fácil, pero bien pronto los obstáculos empezaron á presentarse. El primero le constituía un bosque impenetrable en el cual hizo un gran sopio de insectos y reptiles, y en el que se vio obligado á pasar la noche, pues le fué imposible proseguir su marcha ascendente á causa de la oscuridad que reinaba y de la abundancia de vegetación.

El tiempo era magnífico, lo cual no es de extrañar sabiendo que el mes en que esto sucedia equivale en aquellas latitudes á los nuestros de Abril y Mayo.

Llegado ya el amanecer, y después de dar un pocas vueltas por aquel natural laberinto, pudo salir á una especie de plataforma. En ese llano parece que encontró algun ejemplar notable del reino mineral ó inorgánico. Inmediatamente después de este respiro, si es que así puede decirse, encontróse otro bosque más inexplicable aun, que el interior; empero, esto no fué obstáculo para que el intrépido viajero, siguiendo su marcha, desoyendo las advertencias que su guía le hacia y sin pensar en los peligros que podía correr, se lanzase al interior de él con verdadera avides. ¡Cuán ageno estaba de que allí había de tener término su vida! Á los tres días de permanencia en ese para él tan delicioso punto, logró recolectar gran número de ejemplares de los dos reinos, animal y vegetal.

La noche de ese mismo día cambió la temperatura de una manera tan brusca, que tuvo necesidad de pensar en procurarse alguna lumbre, necesidad que se hacia tanto más penitencia, cuanto que le especie de pocho (abrigo del país) que llevaba habíalo dejado á pedazos en el primer bosque. Al efecto llamó á su servidor y le ordenó encendiese una hoguera en lugar no demasiado al en que se encontraban, y que próximo á ella pusiese las colecciones y equipajes, que él mientras tanto iba á hacer una pequeña correría. Así lo hizo el indigena; pero con tan mala suerte, que poco tiempo después, y cuando al sabio aun no había vuelto de su excursion, ardian insectos, reptiles, plantas, equipaje, y hasta el mismo carbonífero si no hubiese tenido la dicha de dar con el antiguo camino que en la ocasion, y con ayuda del sabio, habían abierto. El fuego se propagó de tal manera, que bastaron ligeros instantes para que quedara arrasado gran parte del impenetrable laberinto. El naturalista, que debía hallarse á corta distancia de donde tuvo origen aquél, debió verse bien pronto rodeado por las llamas, de las que, sin duda, fué preso, pues hasta hoy no se ha vuelto á saber de él. ¡Triste fin de quien tanta gloria tenía derecho á esperar! Recordémosle siempre con verdadera admiracion!



Centinela marroquí á la puerta del harem (Cuadro de Enrique Regnault).

